**Mamá y el sentido de la vida**

Atardecer.

Quizá me esté muriendo.

Rodean mi cama monitores cardíacos, tubos de oxígeno, goteantes botellas intravenosas, rollos de entubado plástico. Son las entrañas de la muerte. Cerrando los párpados, me deslizo hacia la oscuridad.

Sin embargo, saltando de la cama, salgo del cuarto del hospital y llego directamente en el parque de diversiones donde, hace algunas décadas, pasaba muchos domingos.

Oigo música. Inspiro la fragancia de palomitas de maíz y manzanas acarameladas.

Y sigo caminando hacia adelante para ocupar mi lugar en la fila, frente a la boletería de la Casa del Horror.

Una vez que he pagado mi entrada, espero a que el siguiente cochecito se detenga. Después de ocupar mi asiento y bajar la barra protectora para acomodarme, echo un vistazo a mi alrededor, y allí, en el medio de un grupito de espectadores, la veo.

Agito los dos brazos y la llamo lo suficientemente alto para que todos oigan.

-¡Mamá! ¡Mamá!

Justo entonces el coche se sacude y avanza hasta llegar a la puerta doble, que se abre para revelar unas enormes fauces negras., y antes de ser tragado por la oscuridad, vuelvo a gritar:

-¡Mamá! ¿Qué tal estuve, mamá? ¿Qué tal estuve?

Pero mamá está a un metro ochenta debajo de la tierra. Muerta y fría como la piedra, en un cajón sencillo de pino en un cementerio. ¿Qué queda de ella? Sólo huesos, Quizás algunas hebras de pelo gris,

Sí, desaparecida hace mucho. Diez años. Muerta y en descomposición. Y su imagen, acechando en mis recuerdos y sueños. ¿Por qué saludo con la mano a mamá en mi sueño? Dejé de saludar con la mano hace años. ¿Cuántos? Décadas, quizá. Tal vez fue esa tarde, hace medio siglo, cuando yo tenía ocho años y ella me llevó al cine del barrio a la vuelta de la esquina de la tienda de mi padre. Aunque había muchas butacas vacías, ella se dejó caer pesadamente al lado de uno de los muchachos rudos del vecindario, un poco mayor que yo.

-Ese asiento está reservado, señora -le dijo él con un gruñido.

-Sí ¿eh? ¡Reservado! -replicó despreciativamente mi madre mientras se acomodaba

-o ¡Él reserva asientos, el muchhacho importante! -gritó a todos los que estaban al alcance del oído.

Yo traté de desaparecer en la butaca.

Más tarde, en el cine, a oscuras, di vuelta la cabeza.

Allá estaba él, sentado unas filas atrás junto a un amigo.

No había manera de equivocarse: los dos me miraban con furia y me señalaban con la mano – Vas a ver,,,,,

En mi vecindario lo absolutamente prioritario era evitar una paliza, la mayor de las calamidades. Recibir un puñetazo, un golpe en el mentón o una patada. Pero…*¡una paliza!* ¡Dios mío! ¿Cuándo termina una paliza? Y ¿qué queda de uno? Para el muchacho que ha recibido una paliza ya todo ha terminado: etiquetado para siempre, pasa a ser "el que recibió una paliza",

y ¿eso de saludar a mamá con la mano? ¿Por qué saludarla así ahora cuando, año tras año, hubo entre nosotros una ininterrumpida enemistad? Era vana, manipuladora, entrometida, suspicaz, rencorosa, terriblemente prejuiciada y de una ignorancia total (aunque inteligente, como podía darme cuenta). Nunca, ni una sola vez, recuerdo haber compartido un momento cordial con ella. Nunca me enorgullecí de ella ni me alegré de que fuera mi madre. Tenía una lengua ponzoñosa y un comentario malévolo sobre todo el mundo, con excepción de mi padre y mi hermana.

Yo amaba a mi tía Ana, hermana de mi padre. Amaba su dulzura, su eterna cordialidad, ella me dejaba jugar horas enteras en su casa. La adoración que yo sentía por Ana causaba en mi madre ataques de rencor contra su cuñada.

El lenguje de mamá era abominable, Nunca iba a mi escuela el día de visita de los padres o de reuniones con los maestros. ¡Gracias a Dios! Me acobardaba la sola idea de tener que presentarla a mis amigos. Yo luchaba con mamá, la desafiaba, le gritaba, la evitaba y, finalmente, a mitad de mi adolescencia, dejé de dirigirle la palabra.

El gran acertijo de mi niñez era: ¿Cómo la soporta papá? Recuerdo momentos maravillosos los domingos por la mañana, cuando él y yo jugábamos al ajedrez y él cantaba alegremente balanceando la cabeza al compás de la melodía. Que era quebrantada por la voz chillona de mamá.

-¡basta! *¡,*basta de música, basta de ruido! Mi padre se levantaba sin decir una palabra, apagaba el fonógrafo, y seguíamos nuestra partida de ajedrez en silencio. ¿Cuántas veces recé?: papá, por favor, aunque sea esta sola vez, dale un sopapo.

Por todo eso, ¿por qué la saludo con la mano? Y por qué preguntarle, en el fin de mi vida, "¿Qué tal estuve, mamá?" ¿Puede ser -y la posibilidad me deja perplejo- que he vivido toda la vida con esta lamentable mujer como testigo principal? Durante toda mi vida he tratado de escapar, de librarme de mi pasado.

Durante toda mi vida he procurado tener liberación y crecimiento.

¿Puede ser que no haya escapado ni de mi pasado ni de mi madre? ¡Cómo envidio a mis amigos que tenían madres encantadoras, corteses, tolerantes! Y ¡qué extraño que no se sientan ligados a su madre, que no la llamen por teléfono, ni la visiten, ni sueñen con ella, ni siquiera piensen en ella con frecuencia!

Mientras que yo debo expulsarla de mi mente varias veces al día, e inclusive ahora, diez años después de su muerte, suelo extender la mano en busca del teléfono para llamarla.

He dado conferencias sobre este fenómeno. Les explico a mis pacientes que a los hijos maltratados puede resultarles difícil desembarazarse de su familia disfuncional, mientras que los hijos de padres buenos y amantes se independizan con menor conflicto. Después de todo, ¿no es ése el deber de un buen padre, dejar que el hijo se vaya del hogar?

Lo entiendo, pero no me gusta. No me gusta que mi madre me visite todos los días.. Y, sobre todo, aborrezco que, hacia el fin de mi vida, me sienta obligado a preguntarle: "¿Qué tal estuve, mamá**?"**

Cada vez que iba a visitarla la encontraba, con dos o tres libros sobre la falda. Los sopesaba, los olía, los acariciaba, pero jamás los leía. Estaba ciega. Sin embargo, aun antes de que empezara a fallarle la vista, no los habría entendido.

Soy escritor. Y mamá no sabe leer. No obstante, acudo a ella en busca del significado de la obra de mi vida. Para ser medido ¿de qué forma? ¿Por el olor, el peso de mis libros? ¿la lisa y suave sensación que no permite que se adhiera la grasa? Ella jamás conoció, ni tuvo idea, de mis trabajosas investigaciones, mis ratos de inspiración.

¿El significado de la vida? El significado de *mi* vida. Los libros apilados sobre la mesa de mamá contienen pretenciosas respuestas a tales preguntas: "Somos criaturas en busca de significado", escribo, "que deben hacer frente a la inconveniencia de ser lanzados a un universo que intrínsecamente carece de significado". Y luego, explico que debemos embarcamos en una doble tarea. Primero inventamos o descubrimos un proyectó lo suficientemente firme para poder sustentar una vida.

Luego debemos ingeniarnos para olvidar nuestro acto de invención y convencemos de que no hemos inventado el proyecto que otorga significado a nuestra vida, sino que lo hemos descubierto, y que él mismo posee una existencia independiente, "allá afuera".

Aunque finjo aceptar sin criticar la solución de cada uno, en forma secreta las clasifico: son de bronce, o son de plata o son de oro.

Algunas personas se sienten estimuladas en la vida por una visión de triunfo; otras, envueltas en la desesperación, sólo sueñan con la paz, la despreocupación y estar exentas del dolor. Hay quienes dedican la vida al éxito, la opulencia, el poder, la verdad, y quienes aspiran a la autotrascendencia, y se refugian en una causa o en otro ser, una persona a quien aman o una esencia divina. Y hay quienes encuentran el significado en la creatividad.

El arte es necesario, como dijo Nietzsche, o de lo contrario pereceremos a causa de la verdad. Así, yo he tenido como objetivo el sendero de oro. He intentado convertir mi vida entera, todas mis experiencias, todas mis imaginaciones, en una' ardiente pila interior, y de ella traer al mundo, algo nuevo, algo bello.

Sin embargo, mi sueño insiste en afirmar que los esfuerzos de mi vida han tenido otra finalidad: la de mostrar cómo aparezco ante los ojos de mi mamá ciega.

Durante toda la vida he sido un remendón de sueños. Sé cómo domesticarlos, cómo desmenuzarlos y luego integrarlos.

Sé cómo estrujarlos para arrancarles su secreto. y así, dejando caer la cabeza sobre la almohada, floto a la deriva, regreso a mi sueño, de vuelta al cochecito en la Casa del Horror. El cochecito se detiene con una sacudida, arrojándome contra la barra de seguridad. Un momento después, revierte la dirección y despacio retrocede, atraviesa la puerta giratoria y vuelve a salir a la luz del sol del parque de diversiones

-¡Mamá, mamá! -grito, agitando los dos brazos-.¿Qué tal estuve?

Ella me oye. La veo abriéndose paso entre la multitud, empujando a la gente.

-Qué pregunta, Omar -dice, tirando hacia adelante la barra de seguridad y arrancándome del coche.

La miro. Fuerte y corpulenta, parece tener cincuenta o sesenta años. Es fea pero no lo sabe, 'Y camina con la barbilla en alto, como si fuera hermosa. Me da un gran beso húmedo: Finjo afecto.

-Estuviste bien. ¿Quién podría pedir más? Tantos libros. Me has hecho orgullosa de ti. Ojalá pudiera verte tu padre.

-¿Qué quieres decir con que estuve bien, mamá? ¿Cómo lo sabes? No puedes leer lo que escribo ... por la vista, claro.

-Sé lo que sé. Mira todos estos libros. -Abre una bolsa, saca dos de mis libros y empieza a acariciarlos. -Libros grandes. Libros hermosos.

-Lo importante es lo que hay dentro de los libros. Bien pueden estar llenos de tonterías. -Omar, no digas *sonseras*. ¡Libros hermosos!

 -¿Arrastras esa bolsa de libros todo el tiempo, mamá, hasta en el parque de diversiones? Haces un templo de ellos. ¿No crees ... ?

-Todos te conocen. El mundo entero. Mi peluquera me dice que su hija estudia tus libros en la escuela.

-¿Tu peluquera? ¿Esa es la prueba definitiva?

-Todos. Se lo digo a todos. ¿Por qué no?

-Mamá, ¿no tienes nada mejor que hacer? ¿Qué estás haciendo aquí en el parque de diversiones?

-¿Te avergüenza de que esté aquí? Siempre sentiste vergüenza.

¿Adónde más iba a estar?

-Sólo quiero decir que ambos somos grandes. Yo tengo más de sesenta años. Quizá sea hora de que cada uno tuviera sus propios sueños privados.

-Siempre avergonzándote de mí.

-No dije eso. Tú no me escuchas.

-Siempre pensaste que yo era estúpida. Siempre pensaste que no entendía nada.

-No dije eso. Siempre dije que no lo sabías todo. Es sólo la manera en que tú, la manera en que tú ...

-¿La manera en que yo qué? Sigue. Tú empezaste. Dilo. Ya sé lo que vas a decir.

-¿Qué voy a decir?

-No, Omar, tú dilo. Si yo lo hago, tú lo cambias.

-Es que tú no me escuchas. Es la manera en que hablas de cosas de las que no sabes nada.

-¿No te escucho? ¿Yo no te escucho? Dime, Omar, ¿me escuchas tú a mí? ¿Sabes algo sobre mí?

-Tienes razón, mamá. Ninguno escucha al otro.

-Yo sí escucho, Omar, y escucho bien. Escuchaba el silencio todas las noches cuando llegaba a casa de la tienda y tú no te molestabas en subir de tu estudio. Ni siquiera me decías hola. Ni me preguntabas si tuve un día difícil.

¿Cómo podía escuchar cuando ni siquiera me hablabas?

-Algo me lo impedía. Había una pared' entre nosotros.

-¿Una pared? Linda cosa para decide a tu madre. Una pared.

¿Yo la construí?

-No dije eso. Sólo dije que había una pared. Sé que me alejé de ti. ¿Por qué? ¿Cómo vaya a acordarme? Esto fue hace cincuenta años, mamá, pero yo sentía que todo lo que me decías era, de alguna manera, una reprimenda.

-¿Qué? ¿Una reprimenda? .

-Quiero decir una crítica. Yo debía mantenerme alejado de tu crítica. En aquel tiempo me sentía mal, yo mismo sin necesidad de más crítica de afuera.

-¿Por qué te sentías mal? En aquel tiempo papá y yo trabajábamos en la tienda para que tú estudiaras. Hasta la medianoche. Y ¿cuántas veces me llamaste por teléfono para que te llevara algo a casa? Lápices, O papel. ¿Recuerdas a Alberto, nuestro ayudante?

-Por supuesto que me acuerdo de Alerto, mamá.

-Bien. Alberto contestaba el teléfono y siempre gritaba, en medio de la tienda llena de gente: "Es el rey. ¡Llama el rey! Que el rey se compre sus propios lápices. Al rey le vendría bien un poco de ejercicio". Alberto estaba celoso. Sus padres no le daban nada. Yo nunca presté atención a lo que él decía. Pero Alerto tenía razón. Yo te trataba como a un rey. Cada vez que llamabas, día o noche, dejaba a papá con una tienda llena de clientes y corría hasta la tienda a dos cuadras. Estampillas también necesitabas. Y cuadernos, y tinta. Y después, bolígrafos. Tenías toda la ropa manchada de tinta. Como un rey.

-Mamá, estamos hablando ahora. Yeso es bueno. No nos acusemos el uno al otro. Comprendamos. Digamos simplemente que yo me sentía criticado. Sé que decías buenas cosas sobre mí a los demás. Hacías alarde de mí. Pero nunca me lo decías. En la cara.

-No era tan fácil hablar contigo entonces, Omar. Y no solo yo, todos. Tú lo sabías todo. Leías todo. Quizá la gente te tenía un poco de miedo. Quizá yo también. ¿De qué manera? Quién sabe. Pero déjame decirte algo, Omar. Yo la pasaba peor que tú. Primero, tú nunca decías nada agradable de mí, tampoco.

Yo cuidaba la casa, cocinaba para ti. Veinte años comiste mi comida. Te gustaba. Lo sé, porque las cacerolas y los platos siempre quedaban limpios. Pero tú nunca me lo decías. Ni una sola vez en la vida. ¿Eh? ¿Ni una vez en la vida?

- Yo sabía que nunca decías nada agradable a mis espaldas., Omar. Tú sabías que yo hacía alarde de ti con los demás. Pero yo sabía que tú te avergonzabas de mí. Avergonzado por completo, delante de mí y a mis espaldas. Avergonzado de mi manera de hablar, de mi acento. De todo lo que no sabía. Y de las cosas que decía mal. Yo oía la manera en que tú y tus amigos se burlaban de mí.

Lo oía todo. ¿Eh?

-Nunca te perdiste nada, mamá.

-¿Cómo iba a saber yo algo que estaba en tus libros? Si hubiera tenido la oportunidad, si hubiera ido a la escuela, ¿qué podría haber hecho con mi cabeza,Antes las mujeres no podíamos ir a la escuela. Sólo los varones.

-Lo sé, mamá, lo sé. Sé que te hubiera ido tan bien como a mí en la escuela si hubieras tenido la oportunidad.

-Me bajé del tren con mi madre y mi padre. Sólo tenía veinte años. Seis días por semana tenía que trabajar en la fábrica de costura. Doce horas al día. Desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche, a veces hasta las ocho. y, dos horas más temprano, a las cinco de la mañana, debía acompañar a pie a mi padre hasta su puesto de periódicos y revistas al lado de la parada de camión para ayudarlo a desempacar los diarios.

Mis hermanos no ayudaban nunca. Simón fue a la escuela de contadores. Jaime conducía un taxi. No venía nunca a casa, nunca enviaba dinero. Y después me casé con tu papá y, hasta vieja, trabajé lado a lado con él en la tienda doce horas por día y limpiaba la casa y cocinaba, también. Y después tuve a Juany que nunca me dio ni un minuto de trabajo. Y después te tuve a ti. y tú no eras fácil. Y yo nunca dejé de trabajar. ¡Tú me veías! Me oías subir y bajar la escalera corriendo. ¿Miento?

-Lo sé, mamá.

-y todos esos años, mientras viví, sostuve a tus tíos.

Ellos no tenían nada, sólo los pocos centavos que ganaba mi padre en el puesto de periódicos. A mí nadie me ayudó ¡nunca! Y jamás nadie me dio las gracias.

-Yo te doy las gracias, mamá. Te agradezco.

No es tan difícil. ¿Por qué me ha llevado cincuenta años?

La tomo del brazo, quizá por primera vez. La parte carnosa justo encima del codo.

-Es bueno conversar, mamá. Es la primera vez. Quizá siempre quise hacerlo y es por eso que siempre estás en mi mente y en mis sueños. Quizás ahora todo sea distinto.

-¿Distinto en qué sentido?

-Bien, yo podré ser más yo mismo, vivir para los propósitos y causas que quiera tener.

-¿Quieres librarte de mí?

-No, bueno, no de esa manera, no mal. Deseo lo mismo

para ti también. Quiero que puedas descansar.

-¿Descansar? ¿Me viste descansar alguna vez? Papá dormía la siesta todos los días. ¿Me viste a mí dormir la siesta alguna vez?

-Lo que quiero decir es que debes tener tu propio propósito en la vida, no esto le digo, ¡No mis libros!

-Pero acabo de explicártelo -replica, cambiando la bolsa de mano, lejos de mí,

Estos no son sólo tus libros. ¡Son mis libros también!

-¿Qué quieres decir con que debo tener mi propósito?

- Estos libros son mi propósito. Yo trabajé por ti, y por ellos. Toda mi vida trabajé por esos libros, mis libros.

-Pero tú no lo entiendes, mamá. Debemos ser separados, no estar encadenados el uno al otro. Eso es lo que significa llegar a ser una persona. De eso exactamente escribo yo en estos libros. Así es como quiero que sean mis hijos, los hijos de todos.

Desencadenados.

*-¿*Separados?

-No, no. Desencadenados, una palabra que significa libres o liberados. No logro llegar a ti, mamá. Déjame explicarte: en el mundo, cada criatura está fundamentalmente sola. Es difícil, pero ésa es la realidad y debemos hacerle frente. Así que yo quiero tener mis propios pensamientos y mis propios sueños.

Tú deberías tener los tuyos, mamá. Quiero que salgas de mis sueños.

Su rostro se endurece de severidad, y se aparta de mí.

-Pero no porque no te quiera -me apresuro a agregar-,

sino porque deseo lo que es bueno para todos, para mí y también para ti. Tú deberías tener tus propios sueños y tu propia vida, también. Seguramente puedes entender eso.

-Omar, todavía tú piensas que yo no entiendo nada y que tú lo entiendes todo. Pero yo también miro la vida. Y la muerte.

Entiendo acerca de la muerte más que tú. Créeme. y entiendo lo que es estar sola más que tú.

-Pero, mamá, tú no haces frente a la soledad. Te quedas conmigo. No me dejas. Entras 'en mis pensamientos. En mis sueños.

-No, hijito. Hijito." No me habías llado a si en cincuenta años. Me he olvidado de que así me llamaban con frecuencia tú y mi padre.

-No es como 'tú crees que es, hijito -prosigue

Hay ciertas cosas que tú no entiendes, cosas que tienes al revés. ¿Recuerdas ese sueño en el que yo estoy en medio de la multitud, mirando cómo me saludas desde el coche de la Casa del Horror, en que me llamas, en que me preguntas cómo has estado en la vida?

-Sí, por supuesto que recuerdo mi sueño, mamá. Allí es donde empezó todo esto. '

-¿Tu sueño? Eso es lo que quiero decirte. Estas en un error, Omar, el que tú pienses que yo estaba en tu sueño. Ese sueño no es tu sueño, hijito. Es mi sueño. Las madres también tenemos sueños.